

Cambiándole el rostro a la agricultura peruana

Con la reforma agraria de los años setenta, los campesinos peruanos se vieron en aprietos para adaptarse a la industrialización y modernización del campo. A partir de la integración de la economía peruana a la arena mundial y la incursión de la empresa privada, el sector presenta grandes avances hoy en día.



El Perú ha visto crecer considerablemente su PBI per cápita desde los años noventa. No obstante, estaba en un nivel tan bajo, que recién ahora recupera el nivel de 1974. Hemos perdido 30 años por políticas como la estatización de la economía y la sustitución de importaciones, que fallaron en generar una alternativa de desarrollo y más bien trajeron inflación y pérdida de reservas. Ahora, gracias a un enfoque de apertura económica y estabilidad fiscal, varios sectores de la economía están aprovechando las condiciones favorables para recuperarse y desarrollarse. Está permitiendo mayores inversiones, que a su vez crean nuevos puestos de trabajo y aumentan el bienestar de la población.

LA REFORMA FALLIDA

Al llevar a cabo una reforma agraria en los años setenta, el presidente Velasco dio un duro golpe al sector agrícola peruano. Si bien el discurso que lo justificaba era más bien de corte social y político, su impacto en la economía fue definitivo. Cuando los campesinos que pasaron a ser propietarios de las tierras no tuvieron acceso a capital para realizar las inversiones necesarias en una agricultura industrializada y moderna, se afectó la producción. No sólo eso, sino que se combinaron otras medidas que en conjunto resultaron nefastas. Por ejemplo, con la intención de abaratar la alimentación popular, se desarrolló una política de importación de alimentos baratos subsidiados, lo cual terminó quitando

mercado a los campesinos nacionales. La evidencia muestra que el resultado final de la reforma agraria fue la transformación de la agricultura exportadora en una agricultura de subsistencia.

INTEGRACIÓN A LA ECONOMÍA MUNDIAL

A partir de los años noventa, como consecuencia de reformas orientadas a integrar la economía peruana a la economía mundial y crear condiciones para un crecimiento sostenido de la producción, se comenzaron a recuperar varias de las grandes haciendas, dando trabajo a miles de trabajadores con contrato formal y con todos los derechos, lo cual representa un avance con respecto a la situación



de subsistencia en la que se encontraban. Un proceso de titulación de tierras fue necesario, así como la eliminación de los beneficios proteccionistas de algunos sectores, que permitieron que la agricultura peruana pudiera competir de nuevo en el mercado interno. Por ejemplo, a partir de 1993 se permitió la existencia de sociedades anónimas en el campo, lo que posibilitó el acceso a capitales necesarios para las inversiones requeridas para reflotar el sector. Los resultados son indiscutibles: entre 1994 y 2005 las exportaciones del sector agropecuario crecieron 346%, solamente para los productos no tradicionales.

Los efectos de este desarrollo son varios. Por ejemplo, en la ciudad de Trujillo

se puede notar un nuevo dinamismo económico que no se notaba hacía 20 años, lo cual se evidencia por su creciente sector de la construcción. De hecho, según el Ministerio de Trabajo, Trujillo es la ciudad en la que más ha crecido el empleo formal en los últimos dos años (durante 2006 creció en 27,9%). Mucho de esto tiene que ver con el rescate de las haciendas azucareras Cartavio, Laredo y Casagrande, las cuales estaban en total abandono y descapitalización como consecuencia de la reforma agraria. Estas haciendas habían sido convertidas previamente en cooperativas agrarias de producción con propiedad colectiva.

INCURSIÓN DE LA EMPRESA PRIVADA

La hacienda de Cartavio, situada en el valle de Chicama, al norte de Trujillo, había visto caer su producción hasta que en 1993 su ingenio tuvo que dejar de moler caña, debido a una serie de malas prácticas de los trabajadores-propietarios. En 1996 la cooperativa se convirtió en sociedad anónima, permitiendo que en 1998 un *holding* de empresas peruanas y españolas adquiriera la mayoría de las acciones y tomara el control de la gestión. Aplicando criterios más eficientes se logró pasar de 4.000 hectáreas sembradas a 10.800 hectáreas en apenas dos años. Para 2000, Cartavio era ya la primera productora de azúcar nacional. La empresa ha conseguido la certificación 9001 y ya es proveedor industrial de Coca Cola.

Pero lo más importante es que la situación laboral de los allegados a Cartavio ha mejorado considerablemente. Para 1998 el pago de los sueldos y el pago de gratificaciones y aportes al fondo privado de pensiones, beneficios que establece la ley y que todo trabajador formal tiene que recibir, estaban atrasados. Con la nueva administración, estos pagos son puntuales y confiables. De la empresa dependen no solamente los 1.500 trabajadores que se encuentran en su planilla, sino también alrededor de 25 mil personas que viven en el pueblo cercano de Cartavio, los cuales se benefician indirectamente proveyendo servicios e insumos. A ellos y

a los proveedores de la ciudad de Trujillo se les compra combustibles, fertilizantes, ferretería, entre otros productos. Según datos de la misma empresa, el 40% de las compras se hace en esta zona. Esta demanda genera un movimiento empresarial que antes no existía y que no era posible cuando Cartavio era cooperativa agraria.

Los propietarios de la empresa se han visto beneficiados no solamente por las ganancias que genera, sino por el incremento del valor de las acciones de Cartavio en la Bolsa de Valores de Lima, el cual ha pasado de 1,58 soles a inicios de 2004 a 12,65 soles a inicios de 2007.

De esta manera, al haber permitido que la empresa privada ingrese a la hacienda se ha beneficiado no solamente a los trabajadores y a los propietarios, sino también a los habitantes de la zona. Cartavio es sólo un ejemplo de cómo fomentando inversión privada se puede mejorar el estilo de vida de la gente. Ejemplos similares se pueden apreciar en el valle de Chicama, donde opera la empresa agroindustrial Casagrande, y en la región de Ica, donde opera la empresa agroexportadora Agrokasa.

Pero no sólo es esto. El éxito de estas empresas está permitiendo reforzar la tendencia de la conversión de los agrarios en el Perú. Según De Althaus (2007), la agricultura está transformándose de tradicional a una de exportación. Por ejemplo, en Ica, la superficie dedicada a cultivos tradicionales pasó de 20.691 hectáreas en 1994 a 13.849 hectáreas en 2005. Es decir, hubo una reducción considerable. Mientras tanto, la superficie dedicada a cultivos de agroexportación pasó de 2.395 hectáreas en 1994 a 13.910 hectáreas en 2005. Se puede apreciar claramente cómo los peruanos dedicados a cultivar la tierra están beneficiándose de la apertura comercial y del acceso a nuevos mercados. El exitoso proceso de negociación de un tratado de libre comercio con Estados Unidos, así como las negociaciones con otros países, incrementan las expectativas positivas que existen al respecto. **P**